

El retorno de un viejo problema: los sectores populares y la revolución

Raúl Fradkin *

El autor se pregunta por el papel que jugaron los sectores populares en los procesos revolucionarios; cuáles eran los componentes de la cultura política popular y qué lugar tuvo la historiografía en la construcción de este relato

Es una pregunta ineludible, una pregunta que recorre de alguna manera toda la historia de la historiografía de la revolución, desde su mismo comienzo, en las primeras reflexiones, en los primeros análisis que los mismos protagonistas del proceso revolucionario dejaron por escrito sobre lo que estaban protagonizando o habían protagonizado pocos años antes, hasta el devenir histórico posterior. Es evidentemente un problema nunca del todo resuelto y nunca del todo claro: *qué papel jugaron los sectores populares en esos procesos revolucionarios.*

Mi interés entonces es presentar algunas ideas de por qué esto se presenta tan complicado para la historiografía, me centraré por un lado en la Argentina pero en comparación con lo que pasa con la historiografía Latinoamericana. Entonces ya dejo sentado mi primer argumento didáctico: *la mejor forma de entender las singularidades de la historia Argentina, si es que las tiene y para saber si las tiene, es desarrollar una muy sólida y amplia formación en historia Latinoamericana.* Y no es por una petición de principios o por simpatías o identificaciones culturales o políticas que uno pueda tener, sino porque hay mucho para aprender de una historiografía como la de Brasil, la de Perú, la de Bolivia, la de México o la de Cuba; tienen mucho para enseñarle a la historiografía Argentina y podemos sacar mucho provecho de ellas.

¿Dónde estaba el pueblo cuando sucedió la revolución?

El segundo aspecto que abordaré es plantear simplemente un interrogante, que no va a estar resuelto sino que va a estar propuesto como pregunta y problema a futuro, interrogante que todavía nuestra investigación no nos permite contestar de manera sólida, con verificación efectiva. En el libro *¿Y el pueblo dónde está?* nos hemos reunido un grupo de historiadores de diferentes procedencias que se ocupan de distintas zonas del Río de La Plata tratando de contestar esa

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 219 a 234 de la edición en papel.

pregunta, que es una pregunta histórica, que es esta famosa cuestión de dónde estaba el pueblo cuando sucedió la Revolución, que todavía seguimos reproduciendo en más de un acontecimiento político. Y contestar esto no es fácil, ni la historiografía lo ha resuelto aunque parezca una obviedad.

Lo que intentaré es *no solo describir la intervención popular si no sobre todo tratar de comprender la intervención popular*. Esto supone una pregunta más específica que hasta ahora no ha sido estudiada de manera sistemática: *¿cuáles eran los componentes de la cultura política popular durante el proceso revolucionario?* Obviamente esta pregunta parte de un supuesto y es que los sectores populares tenían su o sus formas de cultura política. Pero hasta ahora el estudio de la cultura política ha estado centrado casi exclusivamente en el estudio de la ideas de los dirigentes de la Revolución y a lo sumo se ha pensado que alcanzaba con saber la ideología de los dirigentes de la revolución para conocer la ideología de sus seguidores; y yo tengo mis serias dudas de que esto haya sido así, tanto en 1810 como en otros momentos de la historia posterior.

Entonces, esta es la pregunta que a mí me inquieta y que estoy tratando de resolver con otros colegas. Es muy difícil porque nos interesa saber la cultura política de la gente que no escribió manifiestos políticos. Nos interesa saber la cultura política de la gente que no dejó discursos ni siquiera escribía panfletos, pero que sí los leía o los escuchaba.

No me interesa tanto qué contenido ideológico tenían las arengas de San Martín si a mí la pregunta que me inquieta, y que seguramente no puedo contestar, es cómo eran interpretadas las arengas de San Martín, qué sentido le dieron los sectores populares a los discursos de la diligencia revolucionaria, cómo los interpretaron, cómo se los apropiaron. Esto no está resuelto y no quiero prometer esto porque no tenemos posibilidad de contestarlo sin obtener más pistas de estado avanzado con la investigación. Dar una respuesta completa a esta pregunta es imposible de lograr.

Es un acto de masoquismo dedicarse a esto y es más fácil estudiar la cultura política de la gente que escribe libros, entonces uno junta todos los libros, los consigue y los analiza. Pero yo soy de los que considero que esa gente que sabía leer, no sabía escribir, también de algún modo tenían una cultura política, aunque quizás ni siquiera supieran que tenían una cultura política.

Las dos tentaciones: elitismo y romanticismo

Este tipo de investigación supone la necesidad de producir un desplazamiento de la manera habitual de estudiar a los sectores populares en la historiografía Argentina de este período que ha puesto, escrito y analizado a los sectores populares de la misma manera que tenían lugar en las tragedias griegas. Es decir, los sectores populares han sido en el relato de nuestra historia una suerte de coro en el proceso histórico, un coro que en la tragedia griega si bien tiene una incidencia notable, básicamente es un actor sin perfil, sin intencionalidad, sin singularidades, sin heterogeneidad, sin conflictos y además puesto en un lugar de acompañamiento.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 219 a 234 de la edición en papel.

El objetivo de estas investigaciones y de las reflexiones que siguen es tratar de afrontar el desafío de no verlos como pueblo, sino verlos como *agentes del proceso histórico* y desplazarlos del margen al centro del escenario.

Pero no alcanza con la voluntad, esto tiene problemas, tenemos dos tentaciones.

Una de las tentaciones –que en mi opinión aparece en casi toda la historiografía previa sobre este tema– es la *tentación del elitismo*, del elitismo en cualquiera de sus formas, bien intencionadas o mal intencionadas, hay algunos incluso que se proclaman como anti-elitistas y en otro nivel también son elitistas. ¿A qué me refiero?, a que esa manera de explicar las intervenciones populares simplemente como resultado de la capacidad de dirección o manipulación de un grupo superior o un líder superior, todo se explica exclusivamente por la habilidad, la inteligencia, la sagacidad o la maldad de algún determinado grupo o dirigente y en esa explicación, del pasado y del presente, las adhesiones populares son resultado de una operación de manipulación, sin investigar cuáles son las lógicas de esas adhesiones o las motivaciones de esas adhesiones. Otra manifestación de esta tendencia elitista –que no aparece como elitista pero que en mi opinión también lo es– es aquella que nos relata la intervención popular como resultado de una identificación espontánea entre una masa humana – generalmente de sectores humildes– y un líder que espontáneamente y que instintivamente los logra interpretar y encarna sus sentimientos, sin que haya ninguna demostración empírica efectiva de que tal identificación existe o de los motivos que la explique, sin argumentación sobre el mismo principio. Me imagino conocerán muchos libros o autores con estas perspectivas. Es necesario superar ambas tentaciones.

A la otra la llamo *la tentación de los romanticismos: conllevan* la idea de que los sectores populares tienen –como suele parecer muchas veces– una ideología que parece no necesitar de la historia para verse forjada, que la tienen por naturaleza, que la tienen porque la tienen, porque son sectores populares proclives “naturalmente” a tener esa ideología y no otra. Para decirlo brutalmente, porque los sectores populares son federales y no unitarios, porque son sectores populares son federales pero no sabemos por qué, y muchos otros ejemplos que no vienen al caso. Pero donde básicamente no hay una explicación fundada y demostrada de los componentes y de cómo se construyó históricamente esa ideología o esas ideologías.

Ambas tentaciones son muy complicadas. Si son complicadas para cualquier momento de la historia, el momento más complicado ha de ser en la llamada Revolución de la Independencia. Porque supone poner en duda que necesariamente e indefectiblemente los sectores populares tenían que estar a favor de la Revolución. Y poner en duda que los sectores populares hayan estado a favor de la Revolución o la posibilidad de que no lo estuvieran, con el significado que nuestra tradición historiográfica y cultural le dio a la Revolución, significa poner en duda si esos sectores populares se sentían identificados con la nueva relación que amanecía sobre la faz de la tierra.

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 219 a 234 de la edición en papel.

Obviamente son muy difíciles de indagar y son muy difíciles de resolver. El problema preocupó desde el principio. Si toman los primeros relatos de la revolución los que construyeron y los que protagonizaron la Revolución –tanto inmediatamente en sus memorias, en sus recuerdos; y si nos tomamos el trabajo bastante menos habitual de analizar cómo los enemigos, los opositores en la Revolución interpretaron qué estaba pasando; los malos de esta película, los llamados realistas– se ha construido una historia que se basa sobre la idea que hay un bando que son los patriotas y otro bando que son los realistas. Pero si yo veo toda la documentación y no una parte, *patriotas* se llaman *los de los dos bandos*, y ahí tengo serios problemas. Y cuando empiezo a averiguar cuál era el origen social, ocupacional, regional, étnico de las tropas que se enfrentaban en las batallas, me encuentro en problemas; y éste no es un dato menor: el 89% de las tropas que se rindieron en 1824 en la batalla de Ayacucho, habían nacido en América, en 1814 se rinde la plaza Montevideo a las tropas de la Revolución, son 5.100 hombres los que se rinden, de ellos 2.800 son milicianos de Montevideo y alrededores, nacidos en América. En una parte que a mí al principio me resulto poco comprensible y después entendí porqué el Gral. Pezuela, comandante del *Ejército de Lima en Operaciones* –que ése era el nombre del ejército– le escribe al Gobernador de Lima desde Tarija y se queja. ¿De qué se queja? de que sus tropas no entienden el castellano, hasta donde pude averiguar no eran ni escoceses, ni checos, ni lituanos, ni vietnamitas.

Varias guerras simultáneas

Punto primero de toda esta discusión: esta guerra que no es una, sino varias guerras simultáneas, que por conveniencia historiográfica y didáctica la llamamos “la” guerra de la Independencia, pero que no es una sino varias superpuestas y simultáneas. No es una guerra entre americanos y españoles, no es la guerra contra un ejército invasor –salvo en algunas batallas muy particulares– es *una guerra americana*, y americanos son la inmensa mayoría de las tropas, de los suboficiales y de los oficiales de ambos ejércitos. Entonces, esto ya de por sí es un problema, las normas de organización, las formas de equipamiento, los métodos de reclutamiento de los ejércitos son los mismos, no hay diferencia sustancial, en ninguna composición social y étnica, que es básicamente la misma con variaciones en las distintas batallas o en los distintos ejércitos .

Con esto quiero decir que si quiero analizar la intervención de los sectores populares en la Revolución, el primer problema que tengo, lo primero que necesito hacer es despejar la identificación automática entre sectores populares y “adhesión a la Revolución”.

Tengo que explicarme tanto la intervención de los sectores populares a favor de la Revolución, como en contra y encontrar las razones de uno u otro comportamiento.

Los contemporáneos tenían una idea muy clara de lo que había pasado en eso que llamamos

Revolución de Mayo. Hasta donde encontré los primeros en denominar a los sucesos de Mayo como “Revolución”, no son los revolucionarios, si no los que se oponen. Ya en Junio de 1810 las autoridades de Montevideo, y sobre todo los emisarios de las Juntas españolas que están refugiados en Montevideo en ese momento por orden de la Junta porteña, dicen que se trata de una revolución. La historiografía Argentina ha discutido durante más de un siglo si lo que pasó fue o no fue una revolución, pero ellos no tienen ninguna duda de que es una revolución, no digo la Revolución de Independencia, si no una Revolución.

Desmontaje de mitos del movimiento revolucionario

Los líderes del movimiento revolucionario de Mayo o los gobiernos que sucedieron a la Junta de Mayo –que como todos sabemos no se llama Primera Junta¹–, destacaron dos virtudes si uno compara sus textos, sus memorias, sus recuerdos, sus cartas; hay variaciones pero hay dos argumentos en que todos coinciden.

El primer argumento es que la Revolución la hicieron “unos pocos hombres atrevidos”, palabras de Dean Funes en 1816, quizás éste sea el primer intento de historia de la Revolución. No hay ninguna intención en esos escritos en resaltar la participación popular, sino todo lo contrario. El segundo, que es consecuencia del anterior, como diría Manuel de Pueyrredón pocos años después: “todo se hizo con el mayor sosiego y orden”.

Una Revolución hecha por pocos, ordenada, tranquila. Un hombre que no se puede discutir su identificación política con los sectores populares mirando su trayectoria como el hermano de Mariano Moreno, Manuel Moreno –que vendría a ser uno de los más importantes líderes del federalismo porteño– decía en 1812 “como toda revolución sostenida por el bajo pueblo, la de México ha sido muy funesta”. Moreno estaba tratando de marcar una diferencia entre las revoluciones hispanoamericanas del sur y lo que estaba pasando en México en ese momento, y decía: “un carácter particular la distingue de las demás de la América española a la de México, a saber que es la obra exclusiva del descontento del *bajo pueblo*, por lo mismo ha causado unos males terribles y promete menos que todos los otros fines benéficos”.

¹ La Junta de Mayo que, como todos sabemos, no se llama Primera Junta. Primera Junta es el nombre de una estación de subte. Esto no es una broma, si queremos hacer historia con cierto grado de responsabilidad la Primera Junta del Río de La Plata es la que se forma el 21 de Septiembre de 1808 en Montevideo por el que Cabildo de Montevideo que preside el Gobernador Militar de Montevideo Javier Delio. Después hay otras juntas, después llega una que es la de Mayo, que no es la Primera Junta si no, como todos sabemos, se llama a sí misma “Junta Superior de normativa del Virreinato del Río de la Plata en nombre de su majestad Fernando VII”, pero esto es complicado para el nombre de una estación de subte y para un acto de 25 de Mayo en la escuela.; la seguimos llamando la Primera Junta sabiendo que no lo era.

No estoy enjuiciando a Manuel Moreno, lo que necesitamos es entender, comprender cómo los actores, los sujetos, intervenían en la Revolución y dónde está el problema. Porque toda historiografía posterior durante mucho tiempo –si uno quiere identificar el *núcleo duro* de la fundamentación histórica de la Revolución de la Independencia– utilizó repetidamente el mismo núcleo documental, variaron muchos, pero hay como un núcleo que no varía y que de algún modo organiza la visión que tenemos: durante mucho tiempo fue casi exclusivamente las crónicas, los relatos, las memorias de los protagonistas que hicieron la Revolución. Por lo tanto este es el *primer discurso historiográfico*, el primer relato histórico de la Revolución que tenemos todos de alguna manera incorporado. Por eso festejamos el 25 de Mayo del modo que lo festejamos, no solo es un día festivo, si no que se representa más o menos del mismo modo: el Cabildo, la gente reunida en la plaza, un chico disfrazado de negrito que vende velas, otro nene disfrazado de negrito que vende escobas, otra chica disfrazada de negrita que vende empanadas o mazamorra, otra chica disfrazada de negrita que lava la ropa, una chica que es la que todas quieren ser, ya no disfrazada de negrita, sino de dama. Es un día importante, es el único día en donde los negritos forman parte del relato histórico. Ese día en el acto no hay conflicto, no hay pelea, a lo sumo hay un chico que a duras penas se aprendió lo que tiene que decir, sale y dice: “¿dónde está el pueblo?, como sucedió. El pueblo es el público que está formado frente al escenario en el mismo lugar que dio a entender supuestamente el 25 de Mayo de 1810, mirando, escuchando, aplaudiendo lo que otros decidían. Entonces cada 25 de Mayo, como el ritual de una religión, bailamos a través de un rito, para reconstituir, religar, como en una religión cívica un vínculo, y también el relato de la historia. Luego el pueblo sale, va a las aulas y seguirá el curso de la Revolución. ¿De dónde viene esta idea?

Las juntas como método de contención y orden

La historiografía política de los últimos años nos ha enseñado mucho sobre este periodo, hay muchas cosas nuevas y una de las cosas que nos ha enseñado es que hay una estrechísima conexión entre lo que pasa en América y lo que pasa en España, y no solo la relación de causa entre lo que pasa en España y lo que pasa en América, sino mucha influencia de interacción de ambos lados.

La experiencia revolucionaria española –porque de eso se trata lo que está pasando en ese momento en España: la guerra contra la agrupación francesa es el marco histórico de la Revolución Liberal Española, de la destrucción del Antiguo Régimen²–, nos ofreció a los benditos

² Es bueno recordar que hasta la década de 1850 ningún libro español sobre este período se titula **La Guerra de Independencia Española**, como hoy se titula **la lucha contra Napoleón**, si no que todos se llaman **la Guerra de la Revolución**, porque no tenían dudas que lo que estaban pidiendo era **la destrucción del Antiguo Régimen**.

revolucionarios autonomistas americanos un principio de legitimidad: el *principio de la retroversión de la soberanía al pueblo* y también un formato institucional: *la constitución de la Junta que encarnaba esa retroversión de la soberanía*.

Lo que no siempre esta historiografía ha enfatizado lo suficiente es una tercera dimensión de esa experiencia: la prevención, el temor, el pánico que entre los líderes de los movimientos autonomistas americanos había generado el contexto de tumultos y motines populares que llevaba a la formación de las juntas en España.

Las juntas fueron en gran medida, un método de contener, ordenar y disciplinar esa inmensa y multifacética sublevación popular, que no fue dirigida inicialmente contra los franceses, sino contra las autoridades de las ciudades españolas que respondían a la monarquía y habían jurado fidelidad a José Bonaparte, porque la guerra contra la invasión francesa en España es una guerra civil, porque es la guerra de la revolución.

¿Qué trato de decir con esto? Es central. Piensen en un señor que era ayudante del capitán general de Cádiz –comandante de la guarnición de Cádiz, de toda la jurisdicción de toda la capitanía en general– que el 23 de Mayo de 1808 es destituido por un tumulto popular, de donde va a surgir la formación de la Junta Suprema de Cádiz, pero antes de que se constituya, en ese momento lo matan. El ayudante de ese señor es alguien que ustedes conocen: es José de San Martín.

Al año siguiente otro tumulto popular va a destituir la Junta Central de Sevilla, este tumulto popular estalla primero en Sevilla, después en Cádiz; la Junta Central se va a disolver, los que quedan de la Junta se refugian en el único lugar seguro que es fuera de la ciudad, en los barcos británicos que están atracados en el puerto, y ellos intentan un gobierno, eligen cinco y forman el Consejo de Regencia. En el medio pasó de todo, y una de las cosas fue que tuvieron que escaparse y no se están escapando de los franceses, sino de la rebelión de Cádiz que acusa a la Junta Central de traidora a la Patria.

De la Quintana cuenta claramente en sus memorias cómo la muchedumbre intentó ahorcar y colgar al capitán general y a los miembros de la Junta, y dice: “Este episodio tremendo, me ha confirmado la idea que yo ya tenía de los movimientos populares”. Con esto qué quiere decir; que para la dirigencia revolucionaria de 1810 es extremadamente complicado, porque es necesaria la participación popular y al mismo tiempo tienen el pánico y el temor tremendo de la sublevación popular.

Desde el punto de vista historiográfico se *construyó una idea de lo que había pasado en Mayo de 1810: la revolución la habían hecho unos pocos hombres y había sido todo ordenado y en sosiego. Es decir, lo inverso de lo que estaba pasando en España*. La historiografía tuvo que enfrentar esto.

La escuela y la revolución de mayo

Me preguntaba entonces de dónde salió la idea del festejo del 25 de Mayo, el formato del acto tiene una capacidad de perduración a través de los años, a pesar de todo lo que ha pasado en la Argentina. Mi hija de cuatro años me dijo: _El 25 de Mayo agarraron y lo pusieron preso al Rey, sí porque el Rey era malo, porque los españoles eran quienes maltrataban a los indios, yo le digo: _ y sí, pero no es por eso que estaba preso ni por eso hicieron la Independencia; y ella me dice: _sí para que seamos libres de los españoles, porque los maltrataban a los indios. Esto pasó hace unos años, después del acto del 25 de mayo.

Estamos en un problema. Hay libros que dicen quiénes son los buenos y quiénes son los malos. Pero cómo hacer para entender que en muchas regiones de América “los malos” eran los indios y en otras los esclavos no estaban con “los buenos”. Esto es lo que necesitamos afrontar, esta confusión.

Pero me quedé pensando por qué se repite y de dónde viene. Mi hipótesis es que hemos dicho durante muchas décadas que la enseñanza de la historia se basa en Mitre o en Vicente Fidel López, es muy probable que durante décadas los libros de historia se basaron en Mitre, pero creo que la práctica escolar por menos de este tema, que no era en la clase sino en el acto, se basaba más en Vicente Fidel López.

Mitre, según las fuentes que prefería, decía que “la Revolución la habían protagonizado una minoría ilustrada”. Era inteligente al quedarse con el argumento de Dean Funes de 1816; hasta acá coincidía. Ese fue un dato que formó parte de toda la historiografía, a esa minoría le seguía un pueblo, ese pueblo y “que se presentaba tranquilo en la plaza pública, que no discute y marchan en columnas cerradas, apoyando y a veces hasta iniciando por instinto, los grandes movimientos que deciden sus destinos”. Existía una comunión perfecta, ese pueblo que no discute y va en columnas cerradas, apoyando a sus líderes, *era la nación misma*.

López se dio cuenta que esto tampoco era suficiente, escribió una monumental obra de la historia Argentina: los catorce tomos que pocos lo leyeron en su totalidad, y también escribió un libro maravilloso, que la mayor parte de la gente lo ha usado, que es *La Gran Semana de Mayo*. Ahí está el formato de la enseñanza de la historia, día por día, qué paso el 18, 19, 20; además nuestra Revolución es tan armónica que dura una semana exacta. No hay una voz, es un relato coral, son cartas, qué sucede en cada lugar de la ciudad y sus alrededores.

Con López no solo entra el pueblo a la Revolución, sino también el populacho, en el prólogo dice: “estas cartas pueden carecer de autenticidad pero no carecen de verdad”. Les invito a encontrar los libros de historia donde estas cartas son citadas como documentos.

Es maravilloso, una construcción literaria perfecta, que lleva a una conclusión que es tajante, dice López a través de las cartas: “La Revolución de Mayo se nos presenta popular y callejera”. Y sí,

Buenos Aires, a partir de ese momento, en el relato histórico de López, es *la Comuna de Buenos Aires*. Si quería alguien darle una connotación revolucionaria, pensaría bien qué terminología emplear. Es una creación de invención histórica perfecta, maravillosa, insuperable diría yo, es el éxito pedagógico mas grande de la Historia Argentina, esa es mi hipótesis, creo que es quien ha orientado cómo millones de personas debían pensar la Independencia: una Revolución que todos estaban tan juntos que hasta los negritos podían estar contentos de servir. No es una broma los de negritos, la historiografía posterior concluyó que era evidente que esto no podía sustentarse, pero esto empezó a cambiar de manera evidente a mediados del siglo xx.

Era claro que ya en el siglo xx la plaza pública no daba orden ni sosiego y que hacía falta un nuevo relato de la historia, la plaza se había transformado en un lugar complicado. Y se cambió desde dos perspectivas muy diferentes: hacia la década del 40, –y del 50, 60 mucho más, va tomar forma historiográfica y de argumentos fuertes– aparece una idea muy clara: la Revolución no fue popular, no hubo ninguna intervención popular, la Revolución fue un pronunciamiento militar. ¿Qué se va a decir en 1960? El ejército nace de las milicias que hicieron la Revolución. Esto que se había dicho antes ahora se convierte en un argumento muy potente y se aparta de toda la tradición que viene de a mediado del siglo xix.

El otro argumento es muy fuerte, dice que hay una Revolución popular pero no está en Buenos Aires, la Revolución popular está en el interior, está en las provincias. Ésta es terminología de mitad del siglo xx. La Revolución popular está en la Argentina profunda, en la Argentina de verdad. Son las provincias que le dan el carácter popular a la Revolución, es ese nuevo discurso –que no es nuevo del todo porque se enmarca en la discusión que tuvo Vélez Sarsfield en 1860– el que ahora cobra una importancia historiográfica y pública muy grande.

Nuevas investigaciones que incomodan el relato tradicional

Hacia la década del 50, 60 se debía cambiar ese relato nostálgico del pasado. Hacia los años 60, 70 en la historiografía latinoamericana comenzó a haber novedades fuertes, comienzan a estudiarse de manera muy sistemática evidencias que resultan incómodas para el relato tradicional. Una es la existencia de evidencias muy fuertes de movimientos populares que apoyan a bandos contra-revolucionarios. Un estudio paradigmático son los comportamientos de los llaneros venezolanos en 1810 y 1815 –que no se puede apartar de su condición de sectores populares, son lo más parecido a los gauchos pampeanos de toda América Latina, como tampoco se puede negar su oposición a la revolución de Caracas.

A partir de 1818 después de las derrotas de Chacabuco y Maipú, la guerra de la revolución y la contra-revolución en Chile sigue en el sur de Chile. La revolución se bifurca hacia el Perú y hacia el sur de Chile, tanto se bifurca que el último bastión realista en América del Sur es la isla de Chile

que recién se rinde en 1828. Esa resistencia realista es muy incómoda que la protagoniza una parte del ejército realista pero muy americano en su composición ¿Esas fuerzas a dónde se refugian?: Al sur del río Bio Bio, en la Araucaria chilena, es decir en el territorio indígena que las autoridades coloniales españolas reconocían como territorio indígena y sobre el cual no ejercían soberanía y donde estaban funcionando los pactos de alianza y de amistad que desde 1640 en la frontera chilena las autoridades empezaron a ensayar con algunas tribus mapuches; política que después se trasladó al área pampeana en el siglo xviii.. Se produce una alianza entre tropas realistas y tribus mapuches a la que se suma una buena porción de campesinos del sur de Chile, en su mayoría mestizos integrados a las milicias de las ciudades de Osorio y de Chillán. Esos grupos no están con la revolución y participan en una guerra de guerrillas que se “montoneras”, montoneras realistas aliados con grupos indígenas. La dirección política de esto obviamente la van a llevar los hermanos Pincheira.

En el norte de Neuquén se constituirá un campamento multiétnico con todos los desertores del ejército revolucionario, refugio de los restos del ejército realista aliados con indígenas de la Araucaria que estarán sobre toda la frontera, desde el Bio Bio hasta Bahía Blanca y Carmen de Patagones.

Con esto terminé de entender un documento que nunca había entendido bien: por qué un parte de un comisario de Lavalle en 1827 al jefe policía describe que un grupo de indios había atacado el pueblo al grito de “Viva el rey” en 1827. La evidencia es incómoda, y la historiografía chilena ha demostrado que el apoyo a la contra revolución en el sur de Chile es el resultado de la resistencia del campesinado en oposición a los terratenientes santiaguinos, que son la dirección de la revolución.

La caída del gobierno realista en Santiago de Chile significa para una parte importante de las tribus de la Araucaria la ruptura del pacto de alianza y amistad que tenían con el rey de España y la amenaza que la frontera del Bio Bio no sea respetada.

Sigo con otro ejemplo, además de estas evidencias aparecieron otras todavía más complicadas de entender. En los años 70 y 80 estudios demostraron que en Nueva Granada y Venezuela, durante la década de 1810 hubo una serie de levantamientos de pardos y mulatos, sobre todo artesanos de las ciudades de Venezuela, particularmente de Nueva Granada; estos levantamientos – en contra de lo que yo hubiera esperado, o de lo que yo hubiera querido – en general no se hicieron a favor de la revolución caraqueña, sino en contra de la revolución y contra las medidas impositivas y de reclutamiento que imponía el gobierno revolucionario.

Junto con esta evidencia –y este es un tema muy complicado porque en 1815 la conducción revolucionaria logró establecer sino una alianza una convivencia con los pardos y mulatos en Venezuela– se puede afirmar que en Venezuela hasta 1815 la oposición realista a la revolución

caraqueña era una oposición que se nutría de los sectores populares de los llanos y de las ciudades.

Levantamiento de los esclavos y coyuntura política

Historiadores norteamericanos que estudiaron el tema de la esclavitud en el Brasil y en el Caribe encontraron que en la historia de la esclavitud en las plantaciones –desde el siglo xvi hasta fines del siglo xix– hay claramente dos momentos y coyunturas de levantamientos de esclavos. En general la forma de levantamiento de los esclavos en las plantaciones no era el levantamiento colectivo, la forma más típica de organización era los que se llamaba *quilombos*.

Sin embargo, existen tres coyunturas claves donde se multiplica la cantidad; una es, tanto en el Caribe como en el Brasil, la época de la independencia, en las colonias francesas durante la revolución francesa, en las colonias inglesas durante la revolución norteamericana, en las españolas durante las guerras de independencia.

La segunda coyuntura, donde coincide el pico del levantamiento de esclavos es en los momentos anteriores a la abolición de la esclavitud, que en cada país fue en una fecha diferente.

Hay algunas conclusiones que se pueden sacar: es más que evidente que hay una estrecha relación entre coyuntura política y levantamiento de los esclavos en las haciendas, y esto supone que los esclavos conocían esa coyuntura política y aprovechaban esas coyunturas para sublevarse; la segunda conclusión es que la abolición viene precedida de fuertes movimientos de esclavos a favor de la abolición, salvo en Haití en ningún otro lugar de América y del mundo los esclavos lograron acabar con la esclavitud destruyendo el sistema esclavista. Pero tanto en Haití como en el resto de América Latina los esclavos participaron en el debilitamiento y la descomposición del sistema esclavista, aunque no hicieron una revolución triunfante.

¿Qué aprendimos en la escuela?

Yo aprendí en la escuela que la famosa sublevación indígena de 1780 –que en los libros aparecía como la rebelión de Tupac Amaru– era un antecedente de la independencia, un acontecimiento decisivo, un momento muy importante de la historia española después de la conquista española del siglo xvi; si hay un momento en el que el imperio español estuvo a punto de desaparecer y de desintegrarse en el mundo andino es entre 1780 y 1783.

Una discusión muy importante – entre 1970 y 1980 – vino a rebatir eso que todos aprendimos en la escuela: que la rebelión no era de Tupac Amaru sino que era un conjunto de rebeliones autónomas que coexistieron en el tiempo, que no tuvieron una sola dirección, y que además tuvieron otros focos principales: Cuzco, Oruro, La Paz, el norte de Potosí y otros lugares; que no

solo no tuvieron una dirección única si no que además tuvieron diferentes proyectos políticos. En todos esos proyectos no había un proyecto de independencia como el que se instaló en 1821 en Perú y en 1825 en Bolivia. Eran movimientos de independencia, pero de independencia indígena y no para constituir el Perú sino para reconstruir el Tahuantinsuyo; no para constituir una nación dirigida por blancos sino para formar una sociedad indígena.

Solo se entienden los alineamientos diferentes de los grupos indígenas en la década de 1810 y de 1820 cuando se los vincula a los comportamientos y alianzas que tienen durante la rebelión de 1780. Hay grupos que son leales a la revolución y hay grupos indígenas que son el sostén principal de la contrarrevolución y hay grupos que eligen la *tercera vía*, es decir que no apoyan a ningún de los dos bandos y lo que intentan evitar es que cualquier ejército revolucionario o realista ocupe su territorio.

La revolución de insurgencia mexicana de 1810 es el paradigma, el ejemplo emblemático, era la revolución que hubiéramos querido tener cuando éramos estudiantes; una revolución de independencia que no era dirigida desde la capital, sino desde las provincias, una revolución cuyo componente social no era la elite de las ciudades sino los campesinos indígenas y los mestizos —no me gustaba tanto que la dirigiesen curas, pero debía aceptarlo—.

Sin embargo, lo que es el ejemplo más cercano de una situación de violencia donde el protagonismo popular es indiscutible, es el ejemplo mayor de que si un día el proceso de independencia estuvo al borde no solo de una crisis sino de una verdadera revolución social, si alguna vez pudo haber pasado, ese momento fue entre 1815 y 1816.

La independencia en México, la construcción de una nación moderna es una construcción hecha a partir de la derrota de la insurgencia campesina e indígena de 1810 a 1815.

¿Qué plantea la historiografía más reciente sobre la insurgencia mexicana? Un punto que me parece que es el más importante de todos. El historiador norteamericano Eric Van Young, que estudió durante más de treinta años lo que pasó en los pueblos del área de la insurgencia, encontró que los pueblos campesinos que fueron la base de sustentación de la insurgencia entre 1810 y 1815 más que seguidores del cura Morelos fueron aliados incómodos, a regañadientes, con exigencias y muy fuertes condiciones. Detrás de la revolución criolla había otra revolución; el conjunto de las revoluciones campesinas donde los pueblos de México tenían autonomía, autogobierno de esos territorios; no hay unidad ideológica, ni política, ni de objetivos, la lucha no se hace por la independencia de México sino por la autonomía de los pueblos. Hay una alianza entre la burguesía criolla —que intenta construir la nación mexicana— y esta base social de apoyo indígena. Es una alianza muy inestable que termina con la derrota de la dirigencia criolla de 1815, y que después continuó con una lucha entre los mismos pueblos del estado mexicano independiente a lo largo del siglo XIX.

La revolución como transformadora de la cultura política popular

El tema es demasiado largo, entonces quisiera cerrar con dos ejemplos que pueden ayudar a pensar este problema en relación con la Argentina.

Quisiera comentar lo que decían varios españoles de lo que estaba pasando en Buenos Aires.

Miguel de Narváez es un liberal español muy importante, que se exilia en 1814, en 1821 vuelve a España. En Buenos Aires la pasa muy mal –entre 1819 y 1820– y cuando llega escribe a las Cortes y dice que los negros de África, los pardos y los zambos gozan en aquel país del derecho de ciudadanía que se le niega a los españoles; y ese país es este: Buenos Aires. “Yo he visto a un negro estando de centinela darle una bofetada a un español para que se quitase el sombrero y gritara *¡viva la patria, mueran los sarracenos!*, ese es el apodo que se le da los españoles”.

El teniente gobernador de Mendoza en 1810 –dependiente de la intendencia de Córdoba– cuando se produce la revolución va a ser detenido y enviado a Cármen de Patagones, desde donde se escapa a Montevideo, cuando cae en Montevideo es detenido de vuelta y lo mandan a Córdoba, de Córdoba lo mandan en 1817 a un lugar que se llama Santa Elena, que queda por la zona de Dolores. En realidad es un campo de concentración, de allí se escapa en 1820 y va a España, y ahí escribe un largísimo texto muy interesante, cuenta muchas cosas que le pasaron –es muy jugoso–. Pero solo me interesa contar cómo lo trataban sus guardias, que como en el caso anterior eran negros: “Aquellos bárbaros, al verse en el estado de libres con las alas que nos dan, se insolentan de todo modo, nos robaban cuanto teníamos diciéndonos: _ pícaros, ladrones, godos, velludos, ahora mandamos los negros a los blancos”.

Está claro que vista la revolución desde cualquiera de las miradas esto es una inversión, y es la inversión del mundo. Está claro también que esta revolución –la de los negros que hacen guardias– no es la revolución que quiere la dirigencia de la revolución.

Hay una historiadora, Mariana Pérez, que hace un trabajo muy interesante sobre la conspiración de Alzaga de 1812, que estudia toda la trama judicial que hay ahí, cuenta que uno de los detenidos en 1812, Francisco de Telechea, tiene una pila de esclavos, uno de los esclavos se llama el negro Valerio, cuenta en el interrogatorio que su amo le preguntó: “¿de qué partido eres?”, y él no dudó en contestar que estaba con los criollos, porque el rey indio y el rey negro eran la misma cosa, ¿de qué está hablando el negro Valerio?. Como siempre nos pasa a los que hacemos historia popular, el juez no pregunta lo importante, sino otras cosas, está buscando si está metido en la conspiración o no, buscando testimonios contra su amo.

Pero esto nos está mostrando una idea que circula por la cabeza de Valerio, ¿qué es esta idea en el negro Valerio del rey indio y del rey negro?... no lo sabemos. Pero sí lo que se puede decir es que desde 1780 toda América del Sur indígena estaba atravesada por rumores de la llegada de un rey indio o protector de los indios. En el Cuzco en 1811 Castelli estaba en el Alto Perú; y de su

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011

Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires, Versión digital del artículo publicado en pp. 219 a 234 de la edición en papel.

famoso discurso del 25 de Mayo de 1811 en el Alto Perú hay una serie de investigaciones y procedimientos judiciales para averiguar cuál es el origen de ese rumor. ¿Cuál es el rumor? *que habrá de llegar el rey Castelli y acabará con el yugo de los indios*. En muchos países del Caribe y en Brasil hay desde 1791 también muchas veces un rumor, la idea que va a llegar la hora de un rey negro. Todo parece indicar –dicen los historiadores brasileros– que el origen de esa leyenda es la revolución haitiana. La última conjetura – para complicarles un poco más la vida– en 1810 hay una rebelión de esclavos, intentan sublevarse en Mendoza porque no los dejan incorporarse a los ejércitos de la revolución. Los esclavos saben, y la investigación judicial lo demuestra muy claramente, que la junta ha decidido que los esclavos que se incorporen al ejército van a ser ciudadanos libres, pero todavía no hay un anuncio –y no lo habrá nunca– que todos los esclavos van a ser libres si se incorporan al ejército. Esto es lo que dicen los esclavos que han escuchado y que circula.

Aparece en el expediente una proclama que dice “viva la patria, viva la unión y nuestra excelentísima junta del Río de La Plata y nuestra amada libertad”, aparentemente había uno de los esclavos que estaba repartiendo esta proclama a esclavos –que salvo él que era un músico– ninguno sabía leer y escribir. Uno de estos esclavos –el negro Bernardo– le dijo a una criada en una pulpería, según cuenta ella, “que era necesario hacer en esta ciudad lo que los negros habían hecho en Santo Domingo, matar a los blancos para hacerlos libres.”

Yo me pregunto ¿cómo podría saber un esclavo analfabeto en Mendoza lo que había pasado en 1791 en Santo Domingo? Lo sabían, no se cómo, pero lo sabían.; nunca lo sabremos; el juez no quiso averiguar esto porque no le interesaba. Pero mi preocupación es cuánto los relatos de la revolución y de la contrarrevolución, informaciones que aparecen en expedientes judiciales indican – sin discursos sistemáticos – que la revolución estaba produciendo una transformación de la cultura política popular, esa revolución no era simplemente el aprendizaje de algo enseñado sino también una apropiación de eso que circulaba. Ni San Martín, ni Belgrano, ni Moreno, ni Artigas –ni el que les guste– tenían una idea de revolución en la cual los negros mataran a todos los blancos, ni mucho menos.

Creo que la única manera de empezar a indagar, de conocer cuáles fueron los comportamientos populares en la revolución es pasar de una descripción genérica de los campesinos a una descripción lo más precisa posible de indígenas, campesinos, mestizos en cada una de las regiones y qué opciones políticas tuvieron.

El marco genérico que supone que todos los indios piensan del mismo modo, que todos los esclavos piensan igual, que todos los campesinos piensan de la misma manera es una demostración de elitismo; el marco nacional es una demostración de romanticismo.

¿En qué momento algunos sectores populares adhieren a un proyecto que terminó construyendo la nación? eso hay que estudiarlo; algunos lo hicieron otros no; pero los sectores populares no nacieron, como tampoco lo hicieron Belgrano y San Marín diciendo “¡Viva la Patria!”. La identificación de los sectores populares con la idea de *nación* tiene una historia, no puede haber sucedido al margen de la historia y es una feroz lucha política. Muchas Gracias.

Nota

Este texto reproduce la disertación que Raúl Fradkin presentó el 16 de octubre de 2009, durante el Tercer Encuentro de Pensamiento Político realizado en el Salón René Favaloro del Jockey Club de la ciudad de La Plata.

* Profesor de Historia Argentina y Americana de la unlu y de la Facultad de Filosofía y Letras de la uba. Entre varios libros y artículos, es autor de *La historia de una montonera. Bandolerismo y caudillismo en Buenos Aires, 1826; Hombres y mujeres de la colonia; y En busca de un tiempo perdido. La economía de Buenos Aires en el país de la abundancia, 1750-1865.*

Anales de la educación común / Tercer siglo / año 6 / número 10 / Pensar la política: un desafío en la tarea de educar / noviembre de 2011
Publicación de la Dirección General de Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires,
Versión digital del artículo publicado en pp. 219 a 234 de la edición en papel.